

REVISTA
trazos
UNIVERSITARIOS

ISSN 1853-6425

<http://www.revistatrazos.ucse.edu.ar>

Diciembre 2012

**Las disputas de la identidad,
o poner a las identidades de rodillas**

Pablo Giori

pablogiori@gmail.com

fce
Facultad de Ciencias
de la Educación


UCSE
Universidad Católica
de Santiago del Estero
Scientia Deo Et Patriae Servire

Resumen

El concepto de identidad ha comenzado a hacerse más una piedra en el camino que no una herramienta de trabajo. Únicamente una crítica que explique el contexto en que se ha producido este fenómeno y nuevas propuestas que nos permitan volver a utilizarla le darán nuevamente la potencia analítica que tenía en sus versiones iniciales. El proceso de institucionalización precaria del campo de los estudios de comunicación y del paradigma teórico que lo sostiene, ha necesitado del concepto de identidad para hacer de él una punta de lanza. Aunque útil en muchos aspectos, esto ha sido, con el pasar del tiempo, un obstáculo para pensar nuevos temas, hacer propuestas superadoras o que diverjan de lo académicamente aceptado. El concepto de identidad no debe anclarnos, sino que debemos usarlo como una herramienta de trabajo y como un arma política a nuestro servicio.

Con respecto a las identidades se pueden estudiar tanto las instituciones que las producen y el poder de inculcarlas como los textos producidos y los imaginarios que los sostienen, así como los sujetos que las viven. Saber que la identidad es un proceso sociocultural múltiple nos obliga a construir un marco teórico-metodológico complejo, pluricausal y multifacético, que sea capaz de dar cuenta de esta totalidad que se derrama por sobre el mundo que es la cultura.

Palabras clave: Identidades – crítica epistemológica – estudios culturales

Abstract

The concept of identity has begun to be more a stone in the road than a working tool. Only a review that explains the context in which this phenomenon has occurred and new proposals that allow us to reuse it again will give the analytical power as in its origins. The process of precarious institutionalization of the field of Communication Studies and the theoretical paradigm that support it has needed the concept of identity to make it a spearhead. Although useful in many ways, this has been, over time, an obstacle to think new topics, to make overcoming proposals or diverging from what is academically accepted. The concept of identity must not anchor us, but we should use it as a working tool and as a political weapon to our service.

Regarding to identities, we can study the institutions that produce them and their power of inculcation, as well as the texts produced, the social imaginary that hold them, and the subjects that live those identities. Knowing this identity is a multiple sociocultural process

that compels us to build a complex theoretical-methodological framework, multifaceted and pluricausal, capable to explain this whole that spills over the world, which is the culture.

Keywords: Identities – epistemological critics – cultural studies

Pablo Giori es magister en Comunicación y Estudios Culturales por la Universitat de Girona (España) y licenciado en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán. Integra el Instituto de Estudios en Ciencias de la Comunicación (ININCO) de esa casa de estudios y un equipo de investigación sobre cultura e identidad santiagueña en la Universidad Católica de Santiago del Estero.

Las disputas de la identidad, o poner a las identidades de rodillas

“Deberíamos permitir que nuestras herramientas sufrieran una crítica severa, y habríamos de reexaminar las categorías canónicas que organizan, condicionan y a menudo separan a nuestras investigaciones unas de otras: economía, sociedad, arte, cultura... Es bueno tener presente esta crítica a la hora de navegar por las aguas de la cultura, la sociedad y las identidades”. (Gruzinski 2000:55)

Introducción: las identidades como herramientas de trabajo académico y como armas políticas.

El concepto de identidad, sus posibilidades y reformulaciones desde los años ochenta hasta la actualidad (llámense “identidades” en plural, desde una perspectiva constructivista e histórica), se ha ido cristalizando, haciéndose en muchos casos una roca fija y difícil de poner en movimiento. Este proceso, por el cual se ha puesto a la identidad en el centro de los estudios culturales, junto con los procesos de recepción y la vida cotidiana, forma parte de un momento histórico en el cual las disciplinas de la comunicación en los años ochenta se han apropiado de un campo compartido con la historia, la literatura y la sociología. Este proceso de institucionalización precaria del campo comunicacional y del paradigma teórico que lo sostiene, ha necesitado del concepto de identidad para hacer de él una punta de lanza. Aunque útil en muchos aspectos, esto ha sido también en ocasiones un obstáculo para pensar nuevos temas, hacer propuestas superadoras o que diverjan de lo académicamente aceptado. En ciertas instancias esta herramienta de trabajo ha sido, al mismo tiempo, una herramienta esclavizante, un tema del que nos ha costado desligarnos, esto tiene una justificación histórica y puede ser revertido.

A continuación propongo, como hipótesis, los tres aspectos centrales a la hora de entender el momento histórico en que el concepto se cristaliza a partir de la década de los ochenta, como núcleo central de los estudios culturales y de comunicación:

1. El cambio propuesto por Stuart Hall hacia una perspectiva estructuralista/textualista para revisar y continuar los Estudios Culturales de Birmingham, a diferencia de la etapa anterior de corte humanista, liderada por las investigaciones de Raymond Williams, Richard Hoggart y Edward Thompson.
2. El proceso de institucionalización producido hacia dentro y hacia afuera del campo comunicacional, en ámbitos europeos, norteamericanos y, posteriormente, latinoamericanos, así como también la producción de revistas y traducciones que permitieron difundir y homogeneizar las reflexiones hacia temas compartidos, uno de los cuales es la identidad.
3. Dentro del marco histórico-social, podemos nombrar la implementación de políticas neoliberales, reducción del Estado, retroceso de la educación pública, aumento de las diferencias y de las distinciones sociales y la creciente influencia de los medios de comunicación masivos en la sociedad.

Como hemos dicho, este ha sido el momento histórico y epistemológico en el que el concepto de identidad se ha cristalizado. Sin embargo, no podemos seguir repitiendo acríticamente este concepto que ha sido pensado para otro momento histórico, arriba descrito; necesitamos reformularlo, actualizarlo para darle utilidad en el momento histórico y teórico contemporáneo que desarrollamos a continuación. El concepto de identidad no debe anclarnos, sino que debemos usarlo como una herramienta de trabajo y como un arma política a nuestro servicio. Veamos ahora el contexto actual desde el cual se puede reformular el concepto de identidad dentro de un momento político y académico diferente:

1. Se ha iniciado un proceso de revisión del paradigma de los estudios culturales desde una propuesta humanista, política y multidimensional que no se queda solamente en los aspectos simbólicos de la cultura, sino que comienza a pensar la experiencia individual y grupal que producen los procesos culturales, así como también los procesos materiales que la hacen posible. Al mismo tiempo, se ha puesto en marcha una revisión del concepto de multiperspectivismo e interdisciplinariedad que permite enriquecer los estudios culturales y de comunicación con aportes de la sociología, la antropología y la historia, las prácticas sociales, el sujeto y sus contextos. Estas propuestas, que ya han arribado a la crítica y a la

reformulación de otros conceptos de las ciencias sociales, tienen que llegar a las reflexiones sobre la identidad para darle un nuevo poder interpretativo.

2. La realidad actual de un campo comunicacional y culturoológico ya institucionalizado, con su historia, sus ejes, líneas, instituciones financieras, héroes y detractores, evaluaciones, errores y nuevas propuestas que amplían el aspecto conceptual, poniendo como eje el modo de aplicación de los conceptos a análisis de relaciones concretas. Más allá de la creciente politización del campo comunicacional que limita las propuestas críticas, se comienzan a construir nuevos espacios de debates que ponen en cuestión algunos de los puntos duros e incuestionables de las dinámicas institucionales y conceptuales de los primeros años.

3. Un contexto socio histórico de pugna latinoamericana denominada “Socialismo del siglo XXI” con alternativas políticas en países como Bolivia, Brasil, Ecuador y Venezuela, no solamente sus promesas y sus conquistas sino también el debate producido por aquellos que lo combaten. Este contexto produce nuevas realidades que tienen que ser pensadas y discutidas desde otros puntos de vista: las nuevas discusiones sobre género, feminismo y sexualidades alternativas, las nuevas relaciones entre los diversos grupos étnicos y culturales dentro de la macro política nacional e internacional, así como también la relación entre la política pública, el sector privado, las nuevas tecnologías y los medios de comunicación, etc. Las nuevas realidades nos exigen como investigadores que propongamos nuevos modelos analíticos, pensar lo nuevo desde lo viejo no nos llevará a ningún otro lado que a la repetición de lo mismo.

En este sentido podemos pensar que el concepto de identidad tiene que ser puesto en funcionamiento como herramienta de trabajo y como arma política, no debe sernos impuesta por el campo académico o las instituciones de financiamiento, debemos sentirnos cómodos con ella y hacerla útil, ponerla a trabajar. Además de esto, no debemos creernos como los únicos que hacemos uso de ella, porque no es un concepto que utilizamos solamente como herramienta académica, sino que es una herramienta social de reconocimiento utilizada por las instituciones capaces de dictar lo que somos o deberíamos ser: el estado, las instituciones sanitarias, pedagógicas, represivas, etc. así como también las académicas en un diálogo eterno. Representar al otro, decirlo, es, al mismo tiempo, adjudicarle ciertas características, indicar sus acciones, sus modos de ser y de decir; por esta razón es tan importante ver a la identidad en conjunto con otros conceptos centrales de los estudios culturales como las representaciones sociales, los prejuicios y las instituciones y pensarla no solamente desde la

perspectiva de quien inculca sino también de quien vive día a día las disputas de la identidad. Así es que este tipo de estudios nos permiten comprender críticamente el lugar que tienen los prejuicios y las identidades en las representaciones sociales y sus efectos, porque “(...) se construyen representaciones que median entre ellos (los representados) y los demás individuos, de manera tal que éstos ya no se les aproximan a inquirir sobre sus historias, sus necesidades, sus esperanzas, sino que los niegan, los rechazan y/o se alejan de ellos, impidiéndoles que manifiesten completamente su identidad” (Vasilachis de Gialdino 2003:136 y 257). Entonces cabría preguntarse con la autora: “¿Para qué y por qué se representa al otro?; ¿Qué tipo de relación se entabla con él al representarlo? ¿Se reconoce su identidad o se lo priva de alguno de sus componentes? ¿El que produce el texto, representaría su identidad empleando las mismas estrategias que utiliza para representar la identidad de los otros?”. ¿Qué es lo que decimos al decirlos? ¿Se sentirán cómodos estos grupos con estas denominaciones?

Podríamos postular con cierto fundamento cuantitativo y cualitativo que el siglo XX ha sido el siglo de la cultura, de las ciencias sociales y de las disciplinas humanistas, de las ideas, de la interpretación y de la textualidad (si bien ha sido también el siglo de las ciencias y de las tecnologías), el momento histórico donde mayor privilegio se le ha dado a lo simbólico, a diferencia del siglo XIX, que ha sido el siglo de las ciencias naturales, el siglo de los descubrimientos científicos, de la investigación positivista sobre los procesos materiales y naturales. Esto ha generado que las ciencias sociales disciplinares o las aristas de ciencias tradicionales que se han desarrollado durante el último siglo, hayan dado una importancia fundacional a los procesos simbólicos en detrimento de los procesos materiales y experienciales, dado que el positivismo, siempre presente, ha sido artífice y cómplice, estos procesos han quedado del lado de lo “subjetivo” de lo “no científico”. Las ciencias sociales y culturales necesitan actualmente de nuevas propuestas, necesitan sacarse el bagaje positivista, necesitan reformularse y enriquecerse de cuatro aspectos fundamentales, contexto político-social, procesos culturales, experienciales y materiales, para revertir este proceso histórico. Hoy más que nunca, debemos abrir nuestras disciplinas hacia el diálogo más amplio propuesto por las ciencias sociales, debemos superar el recorte y el detalle para proponer miradas más amplias, generales, aquellas que nos muestran la realidad como una totalidad. Así es que los estudios culturales, como estudio de una totalidad que se derrama por sobre el mundo, debe enriquecerse de las propuestas de la sociología contemporánea y clásica

(Bourdieu 2005, Lahire 2005, Marx 1976 y Weber, los procesos materiales y la práctica social, el habitus y su relación con el campo) así como también de una perspectiva antropológica (Larrosa 2003 y Guber 2008, las experiencias y los modos etnográficos de abordaje del objeto de estudio) y psicológica (Freud y reformuladores, los procesos psicológicos y el modo en que lo socio-cultural se construye como subjetividad). Las reflexiones aquí propuestas buscan completar un recorrido epistemológico, enriquecerse de múltiples perspectivas que completan un arco, desde lo micro hacia lo macro, lo individual, lo grupal a lo social y desde el momento actual hasta su perspectiva histórica. Si tenemos en cuenta esto, no podemos contentarnos con estudiar los aspectos culturales, reducidos a aspectos simbólicos/textuales, sino que tenemos que tener en cuenta las prácticas sociales, los procesos materiales y la experiencia que el sujeto tiene de esa totalidad que es la cultura.

Según lo propuesto en Giori (2010), la cultura no es solamente un texto, o una sumatoria de narrativas, publicaciones y manifiestos que tienen que ser “leídos”, sino que es un proceso cognitivo complejo (que conoce y enseña a conocer) que se va construyendo con el tiempo en los sujetos y en los grupos, en relación con los diversos campos y sus lógicas, las historias, las formas de conciencia y toma de conciencia social, el sentido común, los diversos códigos, las diversas culturas y cruces posibles presentes en un diálogo en el espacio social, las concepciones del mundo de los sujetos, así como también la sensibilidad cultural, los prejuicios, las leyes, las identidades y las epistemes. Pero la cultura no es solamente esto, un texto, ya que esta tiene una relación indisoluble con los aspectos experienciales y materiales que la hacen posible y vivible como una realidad tangible. Los aspectos experienciales se relacionan con los sujetos, las pasiones, la intersubjetividad, el punto de vista, el habitus, la vida cotidiana y sus formas, la memoria e historia personal, la conciencia, el mundo de vida, las identificaciones, el sentido y conocimiento práctico, las valoraciones, etc. es el lugar desde donde se experimenta y, por ende, desde donde se asigna sentido, desde qué punto de vista se dicen los otros aspectos. Por último, los aspectos materiales que hacen posible estos procesos culturales y la experiencia que tenemos de ellos se relacionan con las prácticas sociales, la praxis, las relaciones y modos de producción, el contexto, las formas de organización social, los aspectos constitutivos del campo, etc. Planteándolo de este modo, como una totalidad compleja, las culturas y las identidades no pueden reducirse a los textos que las narran, que las dicen, sino que se tiene que trabajar con los sujetos y con los grupos, con los aspectos culturales, experienciales y materiales. Por ejemplo, si queremos estudiar la cultura hard-core

punk, no podemos reducirla al estudio de su identidad y tampoco podemos quedarnos solamente en el análisis de las letras de las canciones, ya que estas son solamente una parte de la totalidad que abarca su realidad. Para estudiar a estos grupos, sus identidades y su cultura, tenemos que pensarlos como una totalidad, para lo cual hay que tener en cuenta también a los sujetos, su modo de inserción en el campo, sus prácticas y conocimientos compartidos, sus realidades cotidianas, el modo en que construyen su historia, los modos en que viven esa grupalidad y las condiciones materiales que las hacen posibles, entre otros aspectos.

Por último, tenemos que tener en cuenta que el sujeto no experimenta el mundo desde la nada, sino que lo experimenta desde un lugar, con unas tradiciones, una historia personal de vida y ciertas condiciones de posibilidad que son siempre circunstancias histórico-políticas. Entender esto es entender que como sujetos estamos siempre adscriptos precariamente a las hegemonías de un modo heterogéneo, lo que nos posiciona siempre en la miseria del mundo (Bourdieu 2007) o, desde otra perspectiva, en una posición subalterna (Curiel 2010). Este concepto, la subalternidad, como la realidad que pone en la mira, es muy útil para pensar la identidad, ya que al pensar la hegemonía (lo que se valora socialmente y lo que dicta el deber ser sin decirse, lo natural, el sentido común, aquello que no se cuestiona), nos permite pensar el sentimiento de saberse siempre visto como el otro, como aquel que no posee completitud, que siempre está en deuda con lo establecido. Lo hegemónico no necesita publicistas, se dice en todos los medios, se piensa como sentido común y se siente en el cuerpo de los que no se cuestionan; en cambio, lo subalterno necesita mostrarse, decirse, sentirse, comunicarse y denunciarse como diferente dentro de una batalla política por la diversidad y por una diversidad sin desigualdad. Esta es la lucha política por la identidad, la lucha por decir, sentir y pensar no solamente a los privilegiados, sino a aquellos que viven en la miseria del mundo, pensar cómo se construyen como sujetos dentro de una realidad que los margina y que les marca siempre la diferencia que los discrimina, su diversidad genérica, sexual, étnica, social, de clase, etc. en relación con el modelo hegemónico capitalista, burgués, blanco, exitoso, heteronormativo, patriarcal, occidental, etc.

Por esto decimos que las identidades se construyen dentro de categorías preconstruidas, diríamos prenociones, prejuicios en su sentido literal, que permiten el reconocimiento de una adscripción a algo que ya conocemos, no podemos construir nuestra identidad, ni comunicarla, en relación a algo que no existe para nosotros o que no es comunicable. Por esta razón la identidad no es un concepto estático, sino siempre un concepto relativo a otro al que

nos adscribimos, con el que nos identificamos, para construir un nosotros o “los otros”. Al ser un concepto de grupo, cada uno puede tener su perspectiva individual sobre esta totalidad y por eso cada uno construye la identidad del grupo desde su propio lugar, eso la hace tan variable y tan compleja. Pero no solamente nosotros nos pensamos, nos hacemos, nos sentimos y nos decimos, sino que otros hacen uso de violencia simbólica para decirnos, para adscribirnos ciertas características, capacidades, sentimientos e identidades con las que no necesariamente nos sentimos identificados. Sin embargo, el problema central es que estos decirnos no solamente nos dicen, sino que al decirnos nos construyen de un cierto modo, ese decirnos tiene efectos y consecuencias, hacen que los otros construyan esquemas de interpretación y, por ende, actúen de cierta forma con y sobre nosotros. Las representaciones que los otros hacen sobre nosotros son constitutivamente simplistas, reduccionistas y esquemáticos, porque nos dicen sin nosotros, nos construyen sin que participemos de esa construcción, hacen una historia que nos es impuesta, no somos sujetos de nuestra propia historia, sino objetos. No hay que caer en la falacia científico-positivista de creer que existe una metodología capaz de representar al otro fielmente, decir “su verdad”. Siempre que representamos, investigamos o discutimos, estamos interpretando, y en esa interpretación ya existe un recorte, una valoración y una puesta en foco de ciertos aspectos en detrimento de otros. El problema es que cuando el otro nos dice, y el otro es más poderoso, aquel capaz de decir una verdad, de construir una hegemonía y de indicar lo que tiene valor, cuando ese otro nos dice, dentro del juego social, es más “conveniente” adscribirse a su decir que no contradecirlo. Esta necesidad de aceptar la mentira por ser poderosa nos recorta al mismo tiempo que nos hace ser, nos obliga a que para pertenecer no pertenezcamos por lo que somos, sino por lo que el otro necesita de nosotros. Esta es la verdadera catástrofe de la identidad para el sujeto, no poder liberarse totalmente del decir del otro porque, como en la dialéctica del amo y del esclavo de Hegel (1807), se necesitan y crean recíprocamente, cuando paradójicamente esta necesidad no los hace ser lo que quieren sino lo que el otro necesita.

¿Identidades? ¿Dónde?

“Un grupo social se compone de un cierto número de personas unidas por una red social o sistema de relaciones sociales. Sus miembros interactúan entre sí en una forma más o menos

estandarizada, esto es, dentro de las normas o estándar aceptados por el grupo. En mayor o menos medida, están amalgamados por un sentido de identidad o de semejanza de intereses que les permite diferenciar a sus miembros de quienes no lo son”. (Chinoy 2006:63)

La pregunta por la ubicación de la identidad peca de sustancialista pero advierte una cosa, no podemos seguir pensando a la identidad desde el pensamiento individualista postmoderno, sino que debemos relacionarlo con el pensamiento del grupo, de la grupalidad. Pensar, hablar e interpretar la identidad requiere en sus metodologías más básicas un pensamiento del grupo porque la identidad es uno de los aspectos relacionales del sujeto, así como su economía, sus experiencias y su cultura. Encontrar la identidad sería en este sentido imposible, se ubicaría en algún lugar invisible entre el sujeto y los otros, un espacio en donde se definiría no por lo que se supone que es él mismo sino por su condición social, por su pertenencia a una colectividad que lo aglutina con otros más o menos disímiles o similares. Pero no es solamente su condición de pertenencia, lo que sería la condición 0 de la identidad, sino principalmente la posición que tiene dentro del grupo y la posición del grupo dentro del espacio social. Porque no todos los sujetos dentro del grupo pueden hablar del mismo modo ni decir las mismas cosas de él, de ellos y de los demás, estudiar la posición de quien dice, más o menos favorecido dentro de la distribución de capitales, nos permitirá complejizar y entender el modo en que las identidades son vividas por los sujetos. Propongamos aquí rápidamente tres modos de estudiar las identidades según se han desarrollado en los últimos años.

Primero desde una perspectiva textualista, aquella que va desde los discursos a la comunicación, la identidad se ha estudiado en los textos producidos por ciertos sujetos o colectivos, de forma directa o indirecta, fuentes de primera o segunda mano, con o sin intermediarios. El estudio de estos textos, y de los imaginarios sociales que lo sostienen y justifican, ha sido producto no solamente del textualismo sino también del estudio funcionalista, postestructuralista o el cuantitativismo computacional de los noventa, según los casos, y que supone una correlación incuestionable entre el producto final y el pensamiento, la acción o el proceso de producción del mensaje mismo. Esta fe en el producto ha conllevado años de estudios de mensajes en que los sujetos eran dejados de lado por su más fiel representante, su lenguaje, y su plasmación burguesa, la escritura. Al mismo tiempo, estas propuestas, dominantes inclusive ahora, habían olvidado o dado por supuesto el espacio social y las posiciones que ocupan los sujetos, que ellos denominan enunciadores, vaciando de poder

explicativo el lugar que tiene el decir en las condiciones reales de existencia de los sujetos que lo producen. Las identidades que se dicen o que se muestran, aquellas analizables y tangibles desde esta perspectiva espiritista, no son necesariamente vividas por ninguno, o esto queda como un supuesto que no hace falta averiguar, ni tampoco son discursos sostenidos por instituciones que necesitan del decir de los demás.

En segundo lugar y con una perspectiva sociológica, se ha estudiado la identidad en relación con las instituciones que la producen y el poder que éstas tienen de inculcarla, de hacer que los otros se las apropien y las hagan parte de su vida. Esta propuesta, interesada no tanto por los mensajes sino por los medios en que se transmiten y las instituciones que las reproducen para su propio beneficio, enriquece la anterior poniendo el mensaje en contexto, pero descuida al sujeto primero y último de la identidad que es el actor mismo, aquel sobre el cual se produce el efecto de inculcación. Esta propuesta analiza el campo de producción y las condiciones del decir, al mismo tiempo que los diferentes actores y objetos en juego, busca comprender las funciones del decir en la reproducción del sistema. Desde aquí esta propuesta podría tomar dos caminos, entender las condiciones del decir para hacerlo más eficaz (desde una perspectiva administrativa) o para denunciar las estrategias del convencimiento (desde una perspectiva crítica) y es aquí donde el análisis comienza a ser político y a tener en cuenta a la sociedad en que las identidades circulan.

En tercera instancia y desde una perspectiva antropológica, la que me gustaría enfatizar porque es la menos estudiada, la identidad puede ser estudiada desde aquellos sujetos que la viven día a día y que son las víctimas y los victimarios de las instituciones que las inculcan. El estudio de los actores, sujetos sociales y grupales, nos permite entender no solamente los discursos producidos (desde la primera perspectiva) y las instituciones que las inculcan (desde la segunda), sino entender también el lugar que el sujeto ocupa en este espacio y el modo en que piensa, siente y hace su identidad. Cuando decimos el modo en que la vive nos referimos a la importancia que ésta característica tiene en él como sujeto, la importancia de las consecuencias de estas pertenencias y los esfuerzos personales por pertenecer y sostener un lugar. Además es el sujeto quien vive las contradicciones entre las diferentes adscripciones, quien tiene que buscar una coherencia en su vida entre los diferentes grupos en los que participa y armonizar las disputas sociales que se juegan dentro de él. La pertenencia a múltiples colectivos dentro de un espacio social en disputa genera indefectiblemente que las batallas materiales y simbólicas que se producen a nivel social se reproduzcan a nivel

individual, el sujeto sufre las disputas porque le obligan a tomar partido y a cuestionarse lo que es a partir de sus identificaciones. De este modo, las identidades no solamente comienzan a formar parte de un discurso o de una institución, sino de sujetos que viven las batallas políticas en carne viva y que buscan entender que es lo que sucede entre lo que piensan, hacen y sienten día a día en relación con las identidades.

Si bien existe una multiplicidad de posibles abordajes del tema, quería remarcar este último para dejar constancia de un modelo de análisis (Giori 2010) que nos permite recuperar lo mejor de las propuestas anteriores e integrarlo dentro de una perspectiva integradora que tenga en cuenta principalmente al sujeto social, al grupo y a las disputas sociales.

Rompiendo el cerco de la mismidad

“¿Qué papel desempeña la identidad
en propuestas de transformaciones sociales
que se dirigen a eliminar sistemas de dominación?”
(Curiel 2010:194)

Como propuesta quería plantear algunas líneas de trabajo que parten, se acerca, usan o terminan en el concepto de identidad, para disparar la potencialidad del concepto como herramienta útil y romper el cerco de la repetición en que hemos caído. Estas propuestas aquí expuestas no tienen orden jerárquico, no son exposiciones completas sino temas para comenzar a profundizar y deberían ser leídas como críticas, invitaciones y nuevos temas para pensar antes de utilizar este concepto:

1. Para trabajar con identidades tenemos que reconocer que el marco del estudio textualista que ha primado hasta ahora es limitado en la medida en que reduce la identidad a sus aspectos simbólicos. La identidad como reconocimiento es un proceso que se da en el seno mismo de lo social y en el modo en que ésta se solidifica, agrupa y reproduce. Sabiendo esto tomaremos prestadas herramientas de otras ciencias para su estudio (la sociología, la psicología, la antropología, la historia y las ciencias políticas) para poner a las identidades dentro de los procesos culturales, experienciales y materiales que las hacen posible. (Interdisciplinariedad)

2. El concepto de identidad como se ha desarrollado durante la segunda mitad del siglo XX, tiene la característica de no caer en las dicotomías que dividen lo macro de lo micro, ni la que contrapone sujeto con estructura, así como tampoco aquella sobre lo privado y lo público, lo personal y lo político. Por esta razón, ha resultado tan fructífera dentro del campo de las ciencias sociales, al igual que el concepto de cultura. La diferencia fundamental entre trabajar el concepto de identidad y el concepto de cultura es que ésta última es el estudio de una totalidad, mientras que la primera es, inevitablemente, el estudio de una parte. Esto, que podríamos denominar el aspecto metonímico de la identidad (creer que estudiar una parte es estudiar la totalidad), es lo que ha generado mayores dificultades a la hora de utilizar el concepto, aquella falacia que cree que estudiar identidad es lo mismo que estudiar cultura (para complejizar ver Cuche 2002). Por esta razón tenemos que volver a reconceptualizar el marco amplio de los estudios culturales para luego integrar en esta totalidad otros conceptos, metonímicos, como puede ser la identidad. Sin el marco que les dé contexto y lugar, las partes no tienen razón de ser. (Estudios Culturales como el estudio de una totalidad)

3. Este modo de abordaje metonímico de la realidad, produjo como consecuencia nuevos problemas: 1) creer que el problema de la identidad es el problema central de la teoría cultural; 2) creer que con el estudio de los aspectos simbólicos de la identidad se estudiaba la totalidad del modo en que nos construimos como sujetos dentro de una sociedad y; 3) creer que el estudio de la identidad no tenía ninguna trascendencia práctica o política dentro de la vida social. En realidad, trabajar con identidades es reconocer los modos en que los procesos políticos y hegemónicos se construyen actualmente, así como los modos en que las condiciones de subalternidad afectan a los sujetos y a su experiencia del mundo, como miseria del mundo, para esto tenemos que ampliar la investigación sobre las luchas simbólicas con investigaciones complejas sobre luchas políticas, materiales y experienciales por la existencia cotidiana dentro de una teoría cultural amplia. (Subalternidad, miseria del mundo)

4. Para trabajar con identidades tenemos que saber que el interés es por el sujeto (la construcción de la subjetividad, etc.), pero, principalmente, por el grupo al que éste se adscribe, se construye como un nosotros. El sujeto no solamente “dice” yo, sino dice, hace y siente el nosotros, y no un único nosotros sino varias al mismo tiempo, por eso es que el concepto de identidad tiene que tener como sustento una teoría, no solamente del sujeto, de la sociedad y los modos políticos, sino también del grupo. Al mismo tiempo, las disputas sociales y grupales se encuentran también dentro del sujeto que tiene que buscar los modos de

armonizar estas disputas entre los diversos actores sociales dentro de sí mismo. (Identidad y grupo)

5. El sujeto cuando se construye como sujeto y construye su identidad tiene una fe en el grupo del que forma parte, una fe/creencia que lo sustenta, que no tiene confirmación posible y que se construye como una hipótesis de reciprocidad de expectativas, creer que el otro cree lo que uno cree (Schutz en Giddens, A. y Turner, J. 1996). Esta hipótesis se va reformulando en el devenir social y cada uno de los miembros del grupo la sostiene de un modo diferente, desde su propio punto de vista, por eso este tipo de estudios no puede quedarse en un momento histórico determinado, ni privilegiar una mirada por sobre las otras, sino que tienen que ser eminentemente histórico, no como se muestra hoy la identidad, sino cómo se ha construido en el tiempo y cómo cada sujeto, desde su punto de vista, ha podido usar las herramientas a su alcance para construirla, hacerla y sentirla. (Punto de vista y proceso histórico)

6. Trabajar con identidades no es solamente trabajar con los textos producidos por los sujetos, sino con los sujetos mismos dentro de un marco sociológico, antropológico y psicológico, porque esa hipótesis de ser y de ser en grupo, pensado como expectativa para la acción, tiene consecuencias que no se pueden estudiar únicamente desde los textos, sino en la vida social, en las relaciones reales de los sujetos, los procesos experienciales de la vida misma y las condiciones materiales que las hace posible. Si bien es cierto que hay muchos aspectos que pueden ser estudiados a partir de la producción simbólica, no es cierto que la ésta de cuenta, refleje, la vida social y que estudiando los textos estudiamos la cultura y el modo en que los sujetos la viven. Esta falacia reduccionista dio una omnipotencia falsa de los estudios textualistas por sobre otras disciplinas que hoy tenemos que recuperar para reconquistar las ciencias sociales desde una perspectiva crítica, multiperspectivista y compleja. (Aportes de las diferentes ciencias sociales para una perspectiva global)

7. Así es que trabajar con las identidades es darse cuenta que decirse a uno mismo, desde una perspectiva psicoanalítica, es un gesto egocéntrico (me digo, me siento, me hago), al mismo tiempo que una muestra del deseo, ese deseo que es ir hacia el otro, construir un lazo social, sentirnos como grupo, hacernos uno, pero sin olvidar que la pulsión sale de uno y del otro, es un ir hacia el otro que viene hacia mí. En la identidad no solo se puede investigar qué digo que soy, como se hace actualmente, sino qué deseo, cómo quiero y a quienes deseo que cosas, qué me mueve a decir o a callar las cosas, cómo recuerdo y cómo nombro lo social

según lo que soy y cómo me paro frente al mundo, al otro y a mi deseo, cómo se experimenta ese deseo y cómo como se dan las condiciones de posibilidad de existencia de ese deseo. (Deseo y lazo social)

8. Pensar las identidades puede ser también poner en foco los procesos políticos y el modo en que la construcción de identidades, y de agrupaciones, tiene un valor estratégico. Como ejemplo podemos dar cuenta de tres tipos de usos políticos/estratégicos: 1) según la propuesta de Marx y Engels en el Manifiesto del partido comunista (1848), el concepto de clase social divide a la sociedad en dos y, según su teoría de la historia, pone en lucha sus intereses para el progreso de la historia, en este sentido puede decirse que el proletariado como grupo reivindicativo es “creado” y organizado a partir de la idea que este texto difunde; 2) según el concepto de hegemonía propuesto por Antonio Gramsci en diversos textos de sus Cuadernos desde la Cárcel (edición completa y cronológica de 1975), los diferentes grupos sociales pugnan por la construcción del sentido común, lo que se valora socialmente y pueden hacer que los otros hagan cosas por ellos, utilizando el poder; 3) el concepto de identidad nacional (ver por ejemplo Manuel Pastor: Fundamentos de ciencia política, Madrid, 1994) es una concepción política/estatal de la identidad en la medida en que busca fortalecer los estados nacionales. Estos tres tipos de usos políticos del concepto nos permiten ver el modo en que la constitución de un grupo y su identidad con ciertos intereses comunes, fuerzas propias y fuerzas ajenas, permite organizar estratégicamente las luchas políticas. (Político-estratégico)

9. Es posible, también, hacer una lectura identitaria de ciertos conceptos de las ciencias sociales que las ciencias sociales han construido para otros temas, porque si bien este concepto pone en la mira un proceso social, esta misma realidad ha sido nombrada con otros términos, pensada con otros conceptos y desde otros puntos de vista. Algunos ejemplos: 1) Pierre Bourdieu en La distinción (1979) desarrolla el concepto de habitus y su relación con el concepto de campo donde, reformulando algunos conceptos del marxismo, piensa cómo lo social se encuentra inscripto en el sujeto, cómo se construye la identidad del sujeto dentro de un grupo y de la sociedad donde se ha educado y vive; 2) en el libro Tótem y Tabú (1913) de Sigmund Freud, este inicia sus reflexiones sobre religión, tribalismo y familia sosteniendo dos conceptos muy interesantes, el de herencia, el modo en que nos ligamos al pasado de nuestro grupo social, y el de ambivalencia, el modo en que nos ligamos con nuestra familia y el poder a través de la relación con el padre, ambos problemas de la identidad; 3) para pensar las

religiones, desde la Biblia (ambos pactos) hasta la Ética protestante y el espíritu del capitalismo de Max Weber (1904) y otros posteriores, el interés central de esta creencia es la de constituir una comunidad con el objetivo central de ligarse, identificarse, con dios y con el mensaje que éste reveló en los textos sagrados. Si bien ninguno de estos autores o conceptos piensan de la identidad utilizando este concepto de identidad tal como se lo entiende actualmente, todos pueden ser leídos en clave identitaria para pensar diferentes procesos que hasta ahora no se han trabajado de este modo. (Identidad y ciencias sociales)

10. Para pensar la identidad de un modo complejo propongo (Giori 2010) pensar el proceso por el cual se da la construcción del sujeto y del grupo dentro de un marco sociocultural más amplio. Este proceso no solamente se interesa por los aspectos simbólicos de esta construcción sino que busca, dentro de un marco socio histórico y del poder, ver el modo en que se relacionan los procesos materiales (prácticas sociales y condiciones de producción) y las prácticas sociales, los procesos culturales (las ideas) y los procesos experienciales que el sujeto vive en el proceso de conformación de lo que es en relación con el grupo al que se adscribe. (Pensar, sentir, hacer)

Para concluir podemos decir que la identidad es una multiplicidad que puede ser estudiada de muchas maneras, con muchos conceptos y desde muchos autores, pero no de cualquier modo. Saber que la identidad es un proceso sociocultural múltiple nos obliga a construir un marco teórico-metodológico complejo, pluricausal y multifacético, que sea capaz de dar cuenta de este proceso socio-cultural múltiple, esta totalidad que se derrama por sobre el mundo que es la cultura.

Bibliografía utilizada y sugerida

Adorno, Theodor y Horkheimer, Max (1969): La sociedad. Lecciones de sociología. Editorial Proteo, Buenos Aires.

Anderson, Benedict (1993): Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. Fondo de Cultura Económica, México.

Barrera, Andrés (1985): La dialéctica de la identidad en Cataluña. Un estudio de antropología social. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

Billig, Michael (2006): Nacionalisme banal. Universitat de València, València.

- Bourdieu, Pierre (Dir.) (2007): La miseria del mundo. Fondo de cultura Económico, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loic (2005): Una invitación a la sociología reflexiva. Siglo XXI editores, Buenos Aires.
- Chinoy, Eli (2006): Introducción a la sociología. Paidós, Buenos Aires.
- Cuche, Denys (2002): La Noción de Cultura en las Ciencias Sociales. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Curiel, Ochy (2010): “Hacia la construcción de un feminismo desconolonizado” en Gleidys Martínez Alonso y Yanet Martínez Toledo: Emancipaciones Feministas en el SXXI. Ediciones de Ciencias Sociales, La Habana.
- Dayrell, Juarez (2003): “Culturas e identidades juveniles” en revista Ultima Década, Viña del Mar, Pág. 69-91.
- Folguera, Pilar (1994): Cómo se hace historia oral. Eudema, Madrid.
- Freud, Sigmund (1990): Psicología de las masas y análisis del yo (1921) en Obras completas, Amorrortu, Buenos Aires.
- Frith, Simón (2003): “Música e identidad” en Hall, Stuart y Du Guy, P. (eds.): Cuestiones de identidad cultural. Amorrortu, Buenos Aires.
- Geertz, Clifford (1991): La interpretación de las culturas. Gedisa, México.
- Giddens, Anthony y Turner, James. et al. (1995): La teoría social, hoy. Editorial Alianza, Buenos Aires.
- Giori, Pablo (2010): Hcpunk en Tucumán. Una propuesta de interpretación. UNT, Tucumán, Argentina.
- Giori, Pablo (2012): Hacer castells, construir nación. Castells, modelo festivo y nacionalismo. Tesis final de Master, Universitat de Girona, Catalogo Colectivo de las Universidades Catalanas (CCUC): http://cbueg-mt.iii.com/iii/encore/record/C__Rb5281793__Spablo+giori__Orightresult__X4?lang=cat&suite=def
- Gómez, Pedro Arturo y Giori, Pablo (2008): “La cultura de unos cuantos. Diálogo sobre un concepto y su aplicabilidad en el estudio de pequeños grupos” en X Congreso REDCOM: Conectados, Hipersegmentados y Desinformados en la era de la globalización. Universidad Católica de Salta.
- Gruzinski, Serge (2000): El pensamiento mestizo. Paidós, Barcelona.

- Guber, Rosana (2008): El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Paidós, Buenos Aires.
- Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (eds.) (2002): La invención de la tradición. Crítica, Barcelona.
- Lahire, Bernard (Dir) (2005): El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu. Siglo XXI editores, Buenos Aires.
- Larrosa, Jorge (2003): “La experiencia y sus lenguajes” en La formación docente entre el siglo XIX y el siglo XXI. Dirección nacional de gestión curricular y Formación docente, Ministerio de Educación de la Nación, Buenos Aires.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich (1976): Obras escogidas. Editorial Progreso, Moscú.
- Montesperelli, Paolo (2004): Sociología de la memoria. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Muñoz, Blanca (2001): “Los ejes temáticos de la ‘segunda generación’ de la Escuela de Birmingham: las trampas de la subjetividad” en Ziguratt, revista de la Carrera de Ciencias de la Comunicación, FCSoc, UBA, 2, nº 2, Buenos Aires.
- Muñoz, Germán (1998): “Identidades culturales e imaginarios colectivos. Las culturas juveniles urbanas vistas desde la cultura rock” en Martín-Barbero, Jesús y Roche, Fabio López de la (eds.): Cultura, medios y sociedad. Universidad Nacional de Colombia, Colombia.
- Quiroga, Ana P. de (1991): “El grupo: espacio de encuentro o alineación” en Revista Temas de Psicología Social, Año 14, Numero 12, Ediciones Cinco, Buenos Aires.
- Vasilachis de Gialdino, Irene (2003): Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales. Editorial Gedisa, Barcelona.
- Wallerstein, Immanuel (2003): Impensar las ciencias sociales. Editor SXXI, México.
- Williams, Raymond (1991): Sociología de la cultura. Paidós, Barcelona.
- Williams, Raymond (2000): Marxismo y literatura. Península, Barcelona.
- Wolf, Mauro (1988): Sociologías de la vida cotidiana. Cátedra, Madrid.
- Yapu, Mario (2008): Jóvenes Aymaras, sus movimientos, demandas y políticas públicas. Universidad PIEB e IBASE, La Paz, Bolivia.